

Capítulo 3.

El escenario de la campaña electoral del 2015 y Trump en acción

Gabriel Esteban Merino y Patricio Narodowski

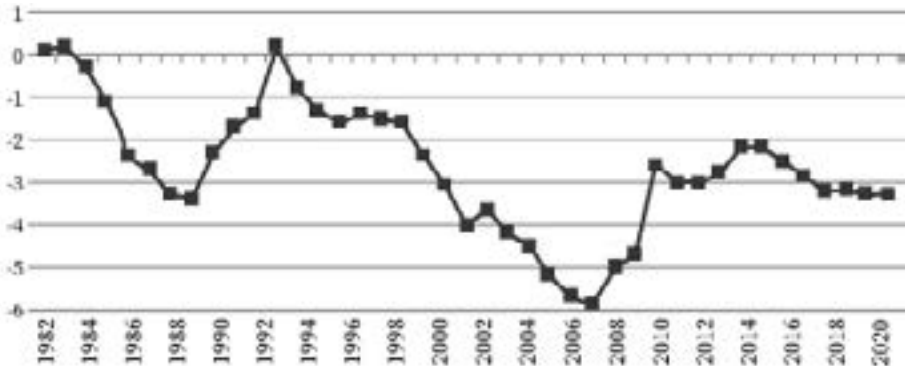
Merino, G.; Narodowski, P., coordinadores. (2019). Geopolítica y economía mundial : El ascenso de China, la era Trump y América Latina. La Plata : Eulop. (Libros de cátedra). En Memoria Académica. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.875/pm.875.pdf>

La situación inicial

En este capítulo se intenta desarrollar los objetivos generales y los instrumentos de política de Donald Trump, como parte del largo proceso de crisis de los Estados Unidos desde los 70s. Se trabaja en el marco de la idea de que la globalización resulta ser una huida hacia adelante respecto a las posibilidades y los problemas generados por la imposibilidad de la potencia norteamericana de sostener la convertibilidad del dólar y el uso de la política monetaria como forma de salir de la crisis. Esta estrategia lo lleva a una situación en que su liderazgo mundial empieza a estar fuertemente condicionado económica y políticamente. Es a partir de estos elementos, entre otros, que autores como Wallerstein y Arrighi analizan una crisis de hegemonía, declive de Estados Unidos y transición histórica del sistema mundial, como observamos en el capítulo 1.

Durante el periodo que va de los años 70s hasta los 2000s, la economía de los Estados Unidos mostraba una cierta desaceleración de su economía, con una importante disminución de la tasa promedio de crecimiento anual. A su vez, debido al cambio radical en la estrategia de relación con el mundo, se profundiza y hace persistente el problema de la balanza de pagos. Como podemos ver en el siguiente gráfico, desde los años 80s es un país con déficit permanente, que puede financiar por su poder monetario-financiero a nivel mundial, uno de sus pilares imperiales. En este sentido, la principal potencia mundial se ha convertido de proveedora de capital al mundo, propia de las fases de ascenso hegemónico, a ser una permanente succionadora de fondos. Para un conjunto de autores, ello refleja un problema de productividad de la economía. Otros lo ven como una consecuencia de la reconfiguración económico productiva a nivel mundial que se analizó en el capítulo anterior. También puede ser analizado como un elemento de apropiación de excedente global, que es posible por su monopolio monetario (reforzado por su poder militar). Una respuesta compleja contiene a las tres anteriores, expresado todas sus contradicciones.

Gráfico n° 5. Balanza de pagos de EEUU (% del PBI). Años 1980-2020



Fuente: FMI (2016)

La política neoconservadora de Bush hijo, caracterizada por un keynesianismo militar, exacerbó el problema del déficit en la balanza de pagos, acompañado por un profundo déficit fiscal. Las burbujas financieras creadas como parte del proceso de financiarización –mediante los cuales se “patean” para adelante la contradicciones que se expresan tanto en la sobreacumulación de capital, como en las crisis de realización— mantuvieron la tasa de expansión la economía mediante el sobre-apalancamiento, lo cual contó como elemento central con el despegue de China en el comercio mundial luego de la incorporación a la OMC, la deslocalización industrial hacia dicho país por parte de transnacionales occidentales y el crecimiento importador de los Estados Unidos desde dicho país. Ello a su vez impactó en el aumento del déficit comercial de bienes, apaciguado parcialmente por el superávit en servicios. Pero este proceso se estaba agotando.

El tema era, entonces, la cuenta comercial del lado de la oferta y el consumo privado y público del lado de la demanda. Obama, desde 2013 y con una coyuntura más favorable, había intentado bajar el impulso fiscal: el déficit bajó, pero solo al -3,2%, un nivel similar al del 2005, alejado del 1% del 1999, durante la presidencia de Clinton, aunque ese era evidentemente el camino elegido. Como consecuencia, se alcanzaba un menor déficit de cuenta corriente, 2,5%.

Pero había una cuestión central: desde 2008 se entró en una fase mundial de bajo crecimiento (particularmente en el norte global), que autores nekeynesianos como Summer (2014) denominan “estancamiento secular”. Ello se corresponde a un freno al proceso de “globalización” económica que desde los años ochenta se caracterizaba por el hecho de que con cada punto de crecimiento del PBI mundial, crecía dos puntos el comercio y tres puntos la inversión extranjera directa mundiales. Dicho proceso

ya no se da. Además, el “respirador artificial” de la deuda pública y la emisión monetaria que se puso en marcha desde la crisis están formando una nueva burbuja, en este caso, una burbuja de bonos. Se prevé la entrada a un nuevo ciclo recesivo, particularmente en el norte global. Para algunos autores como Martins (2011) estaríamos entrando a una fase B (fase negativa) del ciclo de Kondratiev de 50-60 años. Ello inevitablemente agudiza la lucha entre capitales, las luchas económicas mediadas por los estados centrales (por recursos naturales, mercados, monopolios tecnológicos y financieros, etc) y los enfrentamientos geopolíticos, con la particularidad de que el poder global después de 200 años se traslada de Occidente a Oriente.

China, Trump y la hegemonía en juego

Un tema geopolítico central es el ascenso de China, que desafía estratégicamente la condición dominante del polo de poder angloamericano conducido por Estados Unidos. Para las fuerzas americanistas-nacionalistas comandadas por Trump, resulta alarmante la nueva inserción del gigante oriental en América Latina, el patio trasero de la potencia del norte y desde el cual puede proyectar su poder mundial (acá hay diferencias con las fuerzas globalistas). Como se analiza en Merino (2019), esto lo explicita ya en el año 2005, cuando el máximo referente del Departamento de Defensa para América latina, durante un debate organizado por el Subcomité para el Hemisferio Occidental del Congreso de Estados Unidos, manifestó su preocupación sobre el rol de China y su vínculo con Argentina, Brasil, Venezuela, etc., considerado en la estrategia americanista un territorio esencial para su hegemonía global. También lo ha planteado así el Jefe del Comando Sur, más recientemente, poniendo énfasis en que las inversiones chinas en América Latina, en el sector de infraestructura entre otros, constituían una amenaza para la seguridad nacional de los Estados Unidos. El problema para Washington es que, a diferencia del ascenso de Japón en años ochenta o la amenaza alemana en materia de competitividad, China no se trata de un protectorado político-militar estadounidense, sino de una potencia emergente que desafía el orden mundial con centro en Estados Unidos.

Tal vez una de las pruebas más claras de nuevo rol de China en América Latina es el aumento de la participación de las importaciones de ese origen en más de tres veces contra la caída de la participación en un 50% de las originadas en los Estados Unidos, durante los años 2000 y hasta 2016. Otro indicador es la importancia de América Latina en la Inversión Extranjera Directa (IED) china, cuya participación casi se sextuplicó en el mismo período (Ortiz, Velázquez, 2017).

Este escenario está muy cuestionado por las fuerzas nacionalistas-americanistas debido a la desindustrialización de los Estados Unidos y porque además estas fuerzas ven que las firmas chinas van desplazando a las estadounidenses incluso en segmentos de mayor complejidad, con diseño y tecnología, marcas propias, etc. Más datos al respecto pueden buscarse en el capítulo 8. También hay un aumento de los acuerdos empresariales, como la alianza entre Giant Motors, de Carlos Slim y la empresa china JAC Motors para fabricar autos en México para su venta en toda la región como una estrategia para evitar caer en las restricciones del nuevo acuerdo del Tratado de Libre Comercio de América del Norte,

Finalmente, China avanza en el plano diplomático, como lo hemos visto en la Cumbre China-América Latina y el Caribe de 2017 en la que se acordó un posible acuerdo comercial entre el gigante asiático y el MERCOSUR; en la visita del presidente chino, Xi Jinping el mismo año; o en las dos presencias del ministro de Relaciones Exteriores, en catorce meses, incluida la reunión de la CELAC de 2018, donde, al igual que durante la visita de Mauricio Macri a China, se ratificó la continuidad de la ruta de la seda en nuestro continente. Debemos agregar el acuerdo con Chile para desarrollar en dicho país las redes 5G, en plena batalla con el gobierno estadounidense en este tema.

Mientras, Trump todavía no ha viajado a Latinoamérica y ha sido el primer presidente norteamericano en no asistir a una Cumbre de las Américas en casi 25 años por su ausencia en Lima, desatendiendo un espacio que las propias fuerzas nacionalistas-americanistas consideran vital para recomponer su hegemonía global. A ello debemos agregar que la política en la región está fundamentalmente enfocada en sancionar/destituir/enfrentar gobiernos no afines (hay un nuevo eje del mal para Washington protagonizado por la tríada Venezuela, Cuba y Nicaragua), en exacerbar las acciones disciplinantes y en bloquear en la región a las potencias adversarias, más que en construir lazos positivos. Es decir, “palo sin zanahoria”.

Para la administración Trump lo que está realmente en juego, como propone James P. Pinkerton (2005), es la primacía geopolítica a largo plazo de Estados Unidos. Para asegurar dicha primacía, estrechamente entrelazada al poderío industrial, hay que desarrollar el equivalente del siglo XXI del Informe sobre Manufacturas de Alexander Hamilton de 1791, en el que se defina el perfil industrial del futuro. Aunque se sabe que uno de los costos posibles de esta política puede ser el aumento de precios internos, es un precio que se está dispuesto a pagar por el bien de la verdadera seguridad nacional, tal cual se reconoce en los discursos actuales¹.

1 Flanqueado por representantes de la industria siderúrgica y un año antes de establecer

En el mismo plano, como veremos luego, hay que profundizar el legado de la doctrina Monroe y proteger a América Latina de otros estados, hoy de China.

La cuestión económica-social

Si bien las variables sociales generales que muestra Estados Unidos no son tan “preocupantes”², en la distribución del ingreso, la creciente desigualdad, el estancamiento e incluso declive de los salarios reales de algunos sectores de trabajadores y la sustitución de empleos de alta remuneración por empleos de baja remuneración, pueden hallarse las causas del origen del descontento popular. Cuando asume Trump, el desempleo estaba cerca del 5%, algo por debajo del final del período de Reagan (que tuvo que lidiar con tasas muy superiores los primeros años de mandato). Los salarios medios venían subiendo desde 2013 luego de haber estado estancados y sufrir ciertos vaivenes (Ilo, 2013).

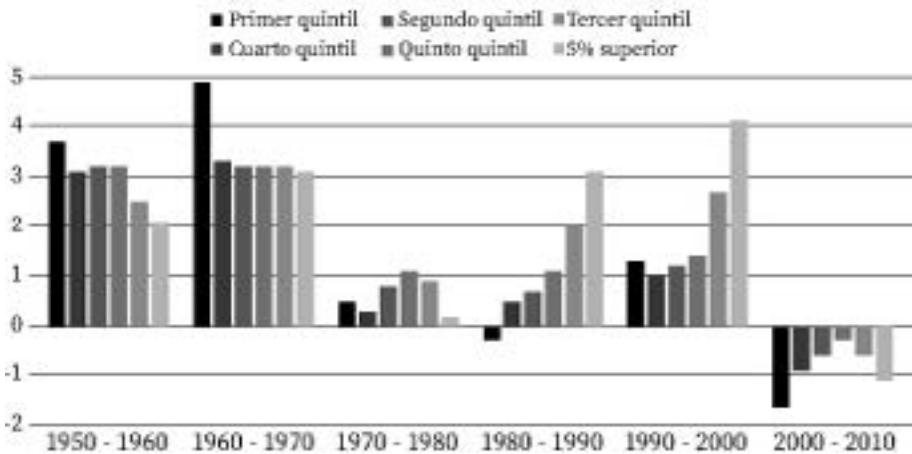
En cuanto a la distribución del ingreso, desde ese período y hasta 2016, las clases medias y altas aumentaron su patrimonio neto promedio del 16% y del 26%. El de las clases bajas también creció, pero casi igual que las clases medias, sin lograr recuperar lo mucho que habían perdido desde 2010. Las familias hispanas y no blancas experimentaron aumentos en el patrimonio neto mayores proporcionalmente que otros tipos de familias, aunque partiendo de un piso muy bajo. Por eso lo que importan son las desigualdades internas a las categorías, esas son las que explican el deterioro de la distribución del ingreso.

La cantidad de ingresos recibidos por el 1% de las familias de clases más altas fue de 20.3% en 2013 y aumentó a 23.8% en 2016, contra el ingreso de las clases medias que parece haber caído una cifra similar (Federal Reserve, 2017). Si se analiza en el largo plazo, la imagen es evidente. El indicador de riqueza muestra que en 2016 el 1% de la población estadounidense controla el 38,6% del total y el 90% de la población más pobre controla sólo 22.8% de acuerdo a un informe de la Reserva Federal (FED) de septiembre de 2017. Ello significa, según el informe, que el 90% más pobre posee un tercio menos de la riqueza relativa que tenía en 1989. Si miramos ingresos, se observa que el 90% con menores ingresos se quedaba con el 60% del ingreso nacional en 1992, mientras que en 2016 obtenía el 49,7%.

medidas arancelarias sobre el acero y el aluminio, Trump afirmó: “El acero es fundamental tanto para nuestra economía como para nuestras Fuerzas Armadas. Esta no es un área donde podamos permitirnos depender de países extranjeros”, refiriéndose a que proteger dicha industria es una cuestión de seguridad nacional (EFE, 2017).

² De acuerdo al Índice de Desarrollo Humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) EEUU se encuentra en el puesto 13°.

Gráfico n° 6. Variación anual del ingreso medio familiar, por quintiles y del 5% superior. Años 1950-2010



Fuente: Weissmann J (2012)

El impulso fiscal y la inequidad

Los discursos demócratas de campaña giraban en torno a la estrategia de la reindustrialización vía un aumento paulatino pero genuino de la competitividad estadounidense anclada en mejoras tecnológicas y de formación de la fuerza de trabajo, aunque uno de los grandes problemas en este sentido es la carestía de la educación superior, que afecta crecientemente a las clases medias. En este marco, se publicitaban algunos anuncios de nuevas inversiones europeas y chinas en territorio de los Estados Unidos como señal de reactivación. También contribuiría la baja del precio del petróleo que como se observa en Narodowski y Remes Lenicov (2015) es considerada el resultado de una política deliberada de Washington. Pero las señales de la economía no acompañaron ese discurso y los datos de 2016 no fueron positivos, ya se mencionó la tímida mejora en la cuenta corriente. Además, el PBI sólo aumentó un 1,5% en ese año según datos del Banco Mundial. Se trataba de un escenario de exiguo crecimiento y un estancamiento del salario real como tendencia que tanto impacto social genera.

En este contexto, Trump planteaba en dicha campaña el objetivo central de aumentar el Producto Bruto Interno en al menos 6% anual mediante medidas expansivas del gasto como reconstruir la infraestructura y aumentar los subsidios a la industria. Para financiarse incluía una baja de la cobertura social de salud del Obamacare, en Medicare y Medicaid, que no logró. También se pensaba compensar con un aumento de la re-

caudación proveniente de los aranceles a las importaciones.

Si se analiza el gasto según el presupuesto 2018, éste iba a caer un 1,2% pero luego de la enmienda de febrero 2018 se observa un fuerte aumento que explica el déficit. En ese primer presupuesto, había un aumento del gasto militar del 10% y de la seguridad interior del 2,8%, y una disminución de las erogaciones de la política ambiental (31%) coherente con el retiro de los acuerdos ambientales internacionales; una caída de los gastos de la cooperación al desarrollo (29%), al Empleo (20,7%) y Transporte (12,7%). El fondo para los veteranos del Ejército sube un 6% (Mars, 2017). Luego de febrero hay nuevos aumentos para el gasto militar y un aumento en el Plan de infraestructura. Para 2019 se asume el recorte de Medicaid aunque no a Medicare, un ahorro en los vales de comida de los sectores vulnerables, en viviendas sociales y una baja mayor aun en la Agencia de Protección Ambiental.

Al mismo tiempo, se propone la reducción de la presión fiscal, a partir de la eliminación de tramos y modificación de alícuotas del impuesto a las ganancias para personas físicas y sociedades, aunque han sido estas las más beneficiadas, pasando del 35% al 21%. Hubo también una reducción en el impuesto de sucesiones. Se redujo la carga impositiva para el ingreso de capitales estadounidenses debidos a beneficios en el exterior. Solomon (2017) muestra que el impacto puede ser muy regresivo. También se proponía la eliminación de la deducción de impuestos subnacionales locales y estatales (provinciales), pero esto pasó por el Congreso con límites (Estrada, 2017). El déficit esperado para 2019 puede llegar a 1,2 billones (Ahrens, 2018).

La Guerra comercial y sus primeros resultados

Como parte de las promesas, Trump plantea la reducción del déficit comercial de bienes mediante el proteccionismo. Vale aclarar que, en el caso de China, el déficit comercial de Estados Unidos se ubicó en la impresionante cifra de 375.100 millones de dólares, una suba anual de 8,1 por ciento para 2017, lo que pone de manifiesto la “competitividad” y escala del gigante asiático y su devenir como principal plataforma industrial del mundo tanto en sectores de baja y media complejidad como, progresivamente, en los de alta complejidad, tema que será retomado en el capítulo 6.

Estados Unidos venía de un cierto malestar no del todo explicitado por los demócratas por la falta de resolución de las controversias en el seno de los organismos internacionales, especialmente la OMC. Según el excelente trabajo de D´Elía, Fossati, Nava, Pérez Llana, Galperín (2016) desde octubre de 2002 hasta el tercer trimestre de 2010, a China le habían iniciado 600 investigaciones antidumping contra las 51 iniciadas por China. En

relación con las medidas compensatorias, luego de la crisis, inició cuatro investigaciones, tres de ellas contra los Estados Unidos y le iniciaron 19 investigaciones. En la Global Trade Alert (GTA), un organismo de la OMC creado especialmente, luego del 2008 se relevaron cerca de 800 medidas distorsivas o potencialmente distorsivas, China está a la cabeza, luego están la Unión Europea y los Estados Unidos. A su vez, China sufre medidas distorsivas de los emergentes Rusia, Argentina, India y Brasil.

Si vemos lo sucedido desde 2002 hasta 2015 entre China y EEUU, según Gayá y Campos (2016) China recibió 32 quejas, 10 de los EEUU, China hizo 13, muchas menos. Casi el 10% del total de las mismas involucran a la cadena sidero-metalmeccánica. Los cuestionamientos se relacionan con ciertos segmentos del acero que EEUU no quería perder, y sobre automóviles. En el primer caso China produce mediante firmas estatales subsidiadas y Estados Unidos se protegió siempre con impuestos antidumping. Incluso a raíz de esta controversia Estados Unidos amenazó con boicotear a un juez de la OMC denunciado por parcial. En el segundo tema China subsidia sus autos y discrimina la entrada de autos estadounidenses.

Justamente Trump intenta “reindustrializar” el país, con el objetivo inicial explícito de reimpulsar fundamentalmente la cadena sidero-metalmeccánica-automotriz y hacer volver la producción de eslabones que se perdieron reconstruyendo así el poderío industrial. Es una versión similar a Reagan sólo que hoy se trata de ir contra la globalización de Clinton (y del propio Reagan) y encuentra al núcleo más dinámico de firmas estadounidenses fuertemente imbricadas en procesos productivos dislocados y transnacionalizados que exigen la circulación de los bienes a nivel planetario. Por eso ha tenido el rechazo de un conjunto importante de firmas que son importadoras de insumos y productoras de tecnología en base a innovaciones, lo mismo la Cámara de Comercio y un grupo de asociaciones comerciales (Agencia de Noticias Xinhua, 2018). Ya en 2017, por la cuestión del proteccionismo, pero también del racismo, se había producido la renuncia a los consejos de asesores del CEO de Tesla, de Merck, el director de Under Armour, de Intel y de Blackrock. Lo mismo estuvo por suceder con el CEO de Blackstone, que presidía el Foro de Estrategia y Políticas. Los órganos de asesoramiento fueron eliminados.

Las herramientas concretas incluían suspender el TPP y renegociar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) (el déficit con México asciende a 71.100 millones), temas de capítulos posteriores. En el segundo caso, limitando el contenido chino, aumentando el contenido norteamericano, y exigiendo un aumento en México del salario mínimo, particularmente en la industria automotriz; además, una cláusula de disolución anticipada.

El objetivo de fortalecer el complejo sidero-metalmeccánico-automotriz

no se enfrenta sólo con China. Como se analiza en Merino (2019), en realidad China no es un gran exportador de acero crudo a Estados Unidos, más allá de que produzca alrededor de 50 por ciento a nivel mundial. En realidad, son los principales aliados de Estados Unidos los afectados: mientras China exporta a Estados Unidos 0,7 millones de toneladas métricas, Canadá lo hace por 5.7 millones de toneladas, seguido por Brasil (4,7), Corea del Sur (3,4) y México (3,2). Es una forma de disciplinar a los propios aliados y al “patio trasero”, especialmente en las negociaciones del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

Respecto a la protección arancelaria, la ofensiva se inicia a principios de abril de 2017, cuando el Secretario de Comercio, Wilbur Ross, anunció que se impondrían aranceles compensatorios de entre 3% y 24% sobre cinco exportadores de madera canadienses que reciben subsidios de su gobierno. También en el sector de lácteos recaerían aranceles para los exportadores canadienses. A su vez, se inicia el Programa “Comprar Americano y Contratar Americano” y nace la Oficina de Comercio y Políticas Manufactureras para ocuparse específicamente de las problemáticas de la balanza comercial y la industria (Aparicio Ramírez, 2018). En el mes de diciembre de 2017 y días antes de empezar la 6ta ronda de renegociación del TLCAN, se impusieron aranceles a China, Corea del Sur y México en paneles solares y electrodomésticos, que, en algunos casos, llegaron a 50 por ciento.

En marzo de 2018, se declara la “Guerra Comercial”, con la imposición de aranceles a la importación de acero del 25% y en el aluminio del 10%, de nuevo en nombre de la “seguridad nacional”. Al mismo tiempo se presentó un proyecto de ley para darle más poder al Comité de Inversiones Extranjeras de Estados Unidos que investiga posibles amenazas a la seguridad nacional, en temas de tecnología e inversión extranjera. Para defender el proyecto, John Cornyn, republicano representante de Texas decía: “China utilizó las inversiones como armas en un intento de vaciar nuestras tecnologías avanzadas y simultáneamente socavar nuestra base industrial de defensa” (Donnan, 2018)

China aplicó un extra de 15% en frutas, vino y similares, tubos y perfiles sin costura de hierro o acero y de 25% en productos de cerdo. A mitad del año 2018 los Estados Unidos incluyeron en dos tandas nuevas de aranceles en productos de agricultura, automóviles, productos del agua, químicos, goma, plásticos, y siderometalmecánicos con el 25% y otros con un 5%. China hace lo propio para químicos, equipos médicos, etc. En la última parte de ese año Estados Unidos presentó una nueva lista del 10% y China hizo lo mismo. Las cifras del impacto que se han calcularon eran muy dispares, pero rondaría entre ambos países los 400 mil millones de dólares.

De los protegidos por EEUU sólo el 32% de las posiciones correspondían a productos con saldo comercial positivo. (Narodowski y Etchenique, 2019 mimeo aun).

Cuando no se lo esperaba, comenzó un nuevo “round”: a inicios de mayo 2019 se produjo, sin ningún resultado, la undécima ronda de negociaciones entre Estados Unidos y China, y en ese contexto ya había una amenaza de una elevación de aranceles del 10% al 25% sobre productos ya gravados. Se trata de los 5.745 productos chinos que empezaron a pagar aranceles del 10% en septiembre 2018, el aumento no se produjo antes por la tregua y tuvo vigencia a partir del 1 de junio. El 15 de mayo además Trump prohibió a partir del 19 de agosto mediante un decreto la compra en EEUU de equipos de telecomunicación extranjeros vistos como riesgosos, focalizado en Huawei y en el objetivo de impedirle imponer en occidente su propia tecnología G5. Mientras se cerraba la redacción de este libro, EEUU anunciaba la posibilidad de hacer algo más laxa esta medida, pero no se conoce bien el alcance real de este paso.

China respondió con un incremento similar en unas 3.000 posiciones de importaciones de los EEUU que ya tenían el 10%. Con esto quedaría gravada la mitad de las operaciones. Y en ese mismo paquete el gigante asiático aumentó al 25% los aranceles de mena, para la elaboración en China por parte de una empresa estadounidense de cerio, lantano, lutecio, escandio, terbio, itrio, las llamadas tierras raras, que se usan para aleaciones de todo tipo en muchísimos productos, entre ellos aparatos de comunicación, turbinas, equipo militar, etc. (Sputniknews, 2019) El objetivo sería que toda la cadena se realice en Estados Unidos, una posibilidad que nadie tiene clara, por eso China también se cuida de tomar medidas extremas.

Además, se presentó por entonces en los Estados Unidos una lista de productos libres hasta ahora por valor de 300.000 millones que no estaban aún sujetos a arancel. Son 3.805 categorías, entre ellas, las laptops y los teléfonos celulares que Apple venía resistiendo. También indumentaria, sábanas, zapatos y productos frescos. Seguían exentos algunos productos farmacéuticos. Esta podría ser la lista definitiva, pero representa casi el 90% del total del comercio (Vidal Liy, 2019; Vidal Liy y Pozzi, 2019; Infobae, 2019).

En respuesta, el 30 de mayo China anunció la suspensión de sus compras de soja norteamericana cuando sólo había emitido el 70% de las ordenes acordadas, los futuros de este insumo cayeron a un mínimo record, pero luego se recuperaron debido a las condiciones climáticas en Estados Unidos. Trump debió anunciar ayudas para sus agricultores. De esta situación podrían sacar provecho Brasil y Argentina

Ese mismo 30, el gigante asiático prometió también una lista negra si-

milar a la de Trump, con empresas como Toshiba o Google, Qualcomm o Intel (Vodal Lyi, 2019b). Y ha recomendado a la población limitar el turismo en EEUU por temas de seguridad. Los meses venideros serán claves para esta confrontación. Futuras investigaciones deberán dar cuenta de la evolución de la misma.

A esta altura, al discurso desafiante de Trump, empezaba a sumarse uno similar desde China. El denominador común ha sido la incertidumbre, lo que se ha reflejado en la caída en las acciones de diversas firmas estadounidenses, y la evolución muy errática y a la baja de los commodities.

Se observa claramente que en las listas iniciales estaban los insumos que son consecuencia de la dislocación en el planeta del aparato productivo de Estados Unidos, y además productos terminados de complejidad superior -lo que demuestra la complejización de la economía de esa potencia-, muchas veces fabricados por empresas norteamericanas en China. Con el paso del tiempo están casi todos. Naturalmente, las medidas tomadas por Trump dividen a las empresas pero no es casual que varias firmas innovadoras y de las finanzas, más allá de Harley Davidson que mantiene una disputa política firme- plantearon los posibles efectos negativos de la medida: Daimler AF, BMW, Apple, Hyundai y General Motors, Dell, General Electric, Tesla, Merk, Under Armour, Intel, Blackrock, Blackstone, las beneficiarias de este vínculo que aún es funcional a la economía global. Esta cuestión será retomada en el capítulo 4.

El objetivo explícito de las políticas económicas de Trump era crecer al 6% y lograr una reducción de parte de China de 100.000 millones de dólares en sus exportaciones, algo que China no parece dispuesta a hacer como sí lo hizo Japón en los años 80s. Paradójicamente, luego del primer año de gobierno de Trump, el déficit comercial según ITC (2018) subió a 860.000 millones de dólares en 2017 y 910.000 millones en 2018. Sólo se observa un descenso recién en el primer trimestre 2019 un 14% (130 millones de dólares), los analistas lo atribuyen a diversos motivos, una mayor triangulación o la espera por parte de los importadores estadounidenses de la baja de aranceles, no se verifica en el nivel de actividad la sustitución de importaciones ni el cambio de origen de los productos, con excepción de México que elevó el saldo positivo de sus ventas externa por encima de ese porcentaje (Pozzi, 2019). Los analistas esperan menos una reconfiguración de las cadenas globales por el regreso de la industria a los Estados Unidos y más por una mudanza a otros países, como Vietnam, Taiwán. Este fenómeno, que ya parecería estarse produciendo, no podrá ser permanente ya que EEUU empezaría a elevar los aranceles también en ese comercio, en ese caso, a costa de un alza de los costos.

Además, la política analizada impacta en el ritmo de la economía mun-

dial, según cálculos de Bloomberg, en un punto por la menor inversión (Porretti, 2019). En los EEUU produjo un tímido crecimiento en 2017, un 3% en 2018 y una algo menor en 2019 y 2020. Esta situación incluso permite a la FED mantener la tasa de referencia. El desempleo según Bureau of Labor Statistics (2019) fue (en diciembre) del 4,7% de 2016 al 3,9% en 2018 en un descenso que no ha tenido descanso desde 2009, baja de tasas mediante, pero con creación de empleo precario.

Gráfico n° 7. Desempleo en los EEUU. Serie mensual. Años 2009-2019

Año	Ene	Feb	Mar	Abr	May	Jun	Jul	Ago	Sep	Oct	Nov	Dic
2009	7.8	8.3	8.7	9.0	9.4	9.5	9.5	9.6	9.8	10.0	9.9	9.9
2010	9.8	9.8	9.9	9.9	9.6	9.4	9.4	9.5	9.5	9.4	9.8	9.3
2011	9.1	9.0	9.0	9.1	9.0	9.1	9.0	9.0	9.0	8.8	8.6	8.5
2012	8.3	8.3	8.2	8.2	8.2	8.2	8.2	7.8	7.8	7.8	7.7	7.9
2013	8.0	7.7	7.5	7.6	7.5	7.5	7.3	7.2	7.2	7.2	6.9	6.7
2014	6.6	6.7	6.7	6.2	6.3	6.1	6.2	6.1	5.9	5.7	5.8	5.6
2015	5.7	5.5	5.4	5.4	5.6	5.3	5.2	5.1	5.0	5.0	5.1	5.0
2016	4.9	4.9	5.0	5.0	4.8	4.9	4.8	4.9	5.0	4.9	4.7	4.7
2017	4.7	4.7	4.4	4.4	4.4	4.3	4.3	4.4	4.2	4.1	4.2	4.1
2018	4.1	4.1	4.0	3.9	3.8	4.0	3.9	3.8	3.7	3.8	3.7	3.9
2019	4.0	3.8										

Fuente: Bureau of Labor Statistics (2019)

La FED en este marco suponía que el impulso fiscal perdería impacto, el crecimiento se moderaría en 2019 y 2020 y que un nivel de deuda rondando el 100% del PBI haría imposible que se tengan instrumentos fiscales para enfrentar el siguiente ciclo recesivo. Supone una tasa de crecimiento de largo plazo cercana al 3% (Kaplan, 2018). Si bien este proceso se está dando más lentamente, la hipótesis general se mantiene.

Visto desde China, en 2016 y 2017, a la par de que el yuan se apreciaba, se verificaba por un lado una caída de las importaciones (19% y 11% respecto a 2014) debido a una disminución del contenido importado de la producción, que hoy está en el 30% (contra el 17% de los EEUU) y también porque hay un freno de la inversión. Y por otro lado hay una caída menor de las exportaciones (11% promedio). Esto explica una baja del superávit comercial, que sumado al déficit del turismo sostiene el menor superávit en cuenta corriente³. Como el déficit comercial de Estados Unidos sube y por su parte China baja el superávit, el primero mantiene la dependencia

3 En lo que respecta a la situación fiscal, China se mantiene con un déficit de alrededor de 3% anual, con una deuda que ronda el 17% del PBI.

y el segundo la disminuye.

En el centro de la guerra comercial con China se encuentra, en realidad, la disputa por la primacía tecnológica. Como se analiza en Merino y Trivi (2019), en Merino (2019) y en Molinero (2018), China es el mayor exportador mundial, en ramas de cada vez mayor complejidad, mostrando su enorme competitividad⁴. Como sucedió históricamente con las grandes potencias industriales –el Reino Unido, Alemania, Estados Unidos– una vez que alcanzan cierto nivel de desarrollo relativo y competitividad, convirtiéndose en nuevos centros de la economía global, cambian las posiciones proteccionistas y dirigistas por posiciones más cercanas al libre mercado. Eso es lo que presenciamos actualmente con el cambio de roles de Estados Unidos y China, donde el gigante asiático aparece como el abanderado del libre comercio luego de setenta años de fuerte proteccionismo, como lo hizo Estados Unidos en el siglo XIX para acortar la brecha con el Reino Unido. La cuestión más de fondo que alarma a la administración Trump es el plan de desarrollo tecnológico “Made in China 2025”, que tiene entre sus principales objetivos solucionar el retraso relativo en algunas ramas tecnológicas fundamentales, como robótica y semiconductores, y ampliar el liderazgo en otras, como inteligencia artificial y autos eléctricos, para posicionar a China en el vértice de las cadenas globales de valor (aunque existen dudas de que China pueda lograr este salto en tan pocos años). Ello terminaría de quebrar la relación centro-periferia de estilo posfordista del gigante asiático con el Norte Global, la cual ya está en crisis. De ahí el impedimento a las compras chinas de empresas tecnológicas consideradas estratégicas por parte de Estados Unidos y de algunos países europeos.

El problema para Trump de la globalización

Trump encontró una economía similar a la que encontró Reagan en el año 1981 (exigua tasa de crecimiento, alta desocupación, aunque inferior a la de aquella época, contexto de alza de tasas de la Fed contra la voluntad política) y pretendió responder de igual modo (ver capítulo 2), sólo que con un impulso fiscal y sobre todo un déficit en cuenta corriente en el punto de partida muy superiores. Además, con una mayor presión de Trump por la baja de tasas y una mayor tensión con la FED, la cual se alinea con los intereses financieros globales de Estados Unidos. Por eso emprende la ya analizada guerra comercial. El tema central en materia económica es asegurar los monopolios fundamentales de la economía

⁴ La participación en las exportaciones mundiales de China aumentó de alrededor de 1% en 1981 a 4% en 2000 y 14% en 2015. Mientras que la participación de Japón se redujo de 10% en 1993 a 4% en 2015.

global, los núcleos tecnológicos de las cadenas globales de valor y el poder financiero-monetario. Sin embargo, ello no se resuelve meramente en el plano económico ya que toda acumulación de valor debe ir acompañada de acumulación de poder político estratégico. En los años 80 las “reaganomics”, que a diferencia del trumpismo, contaban con un apoyo mayor del conjunto de las fracciones dominantes de Estados Unidos (y Gran Bretaña), permitieron la retomada de la hegemonía estadounidense (no hay que olvidar que ello fue inseparable a la carrera armamentística que consumió a la URSS, el salto tecnológico, la transnacionalización del capital, el disciplinamiento de aliados y un fuerte despliegue político-militar en el Sur Global para destruir movimientos nacionales-populares contra-hegemónicos). Sin embargo, hoy es más difícil.

Si analizamos a nivel “micro”, la pregunta es ¿Cómo puede jugar la protección de las importaciones en un contexto de enorme interdependencia y una política monetaria restrictiva? En una versión limitada de esta incipiente situación -que por ahora genera una tenue caída en el nivel de actividad global por motivos precautorios- y suponiendo que los EEUU irán subiendo aranceles a todos los proveedores que por el nivel salarial son, según Trump, enemigos de su país, se podría hipotetizar un aumento de los costos de producción norteamericanos. Es que si no cae la inversión inicialmente, se verificaría una consecuente mayor presión sobre los precios, un alza de tasas, más apreciación del dólar y un freno de la economía de efecto probablemente compensador de la sustitución de importaciones, ahí sí habría una caída en la inversión. El tema central es si dicho costo (históricamente aceptados por las potencias retrasadas para dirigirse hacia el desarrollo) se paga con creces mediante un salto económico.

Por otro lado, si analizamos las opiniones republicanas en los debates tal como transmite Pozzi (2018b), y considerando un endurecimiento de las posiciones de China y Europa en un marco de multipolarismo relativo y mayor autonomía de China, cabe esperar una disminución de las exportaciones agropecuarias norteamericanas debido a una disminución de las compras chinas, europeas o del TLCAN, incluso problemas con el precio de la soja. Ambas cuestiones pueden tener un efecto a su vez en la maquinaria agrícola norteamericana, fabricada con partes chinas.

En la siderometalmecánica se teme un aumento de los costos por el aumento del precio de importación de los insumos y por eso de los precios finales de los bienes norteamericanos, con efectos en el consumo, las decisiones de inversión y las exportaciones. Esto ha afectado el valor de las acciones de Boeing, Caterpillar, etc.

Si suponemos que la FED convalida un nivel de inflación superior por el efecto del cambio de régimen, como en el esenario anterior, cabe espe-

rar al inicio una balanza comercial norteamericana más equilibrada vía disminución de las importaciones; la contrapartida, en su versión extrema sería con un achique aun mayor de la cuenta corriente china, lo que pondría en dudas la posibilidad de sostener la entrada de capitales que la apreciación del dólar impulsa. Es que China dejaría de comprar e incluso vendería los bonos del Tesoro para financiar consumo privado o de gobierno (Setser, 2018b) –algo que ya está haciendo desde la crisis de 2008, pero que profundizaría– el yuan se apreciaría más, aunque los costos internos subirían, los flujos podrían hasta revertirse, Estados Unidos podría reducir drásticamente su saldo negativo de la balanza comercial pero a costa de una disminución del consumo si quiere mantenerse en niveles razonables de inflación más allá de la que surgiría por aumento de costos. Esta presión igual obligaría a ralentizar la economía mundial ya que los Estados Unidos son el principal comprador. En el caso extremo, con una situación económica internacional ya de por sí complicada, el mundo dejaría de crecer por años; es difícil prever este escenario.

La coyuntura descrita está fuertemente condicionada por lo estructural, especialmente los déficits gemelos de más de treinta años (con excepción del resultado fiscal entre 1998 y el 2000). Al déficit comercial de Estados Unidos, debemos agregar que la Oficina de Presupuesto del Congreso espera que este año el déficit presupuestario aumente un 15,1% hasta situarse en 897.000 millones de dólares. Se prevé que en 2022 el déficit supere un billón de dólares. Esto, en un escenario de deuda creciente del gobierno central que en 2017 estuvo en 106,23% del PBI (Datosmacro) plantea un problema de sustentabilidad muy delicado a futuro sin ajustes estructurales de Estados Unidos a su nueva situación mundial. Todavía es posible esta dinámica por el poder financiero y monetario de los Estados Unidos a nivel global, con su capacidad de emitir la principal moneda de reserva y poseer las principales entidades financieras mundiales, a las que además hay que sumar las británicas en tanto se trata de un mismo polo de poder. Esta dinámica de doble déficits se profundizó con la crisis, que puso en evidencia límites de la economía estadounidense sostenida con la financiarización. En menos de una década la deuda pública estadounidense se duplicó: en enero de 2017, la deuda pública norteamericana rozaba los 20 billones de dólares, frente a los 10,6 billones registrados en 2010. Las políticas de Trump, con su keynesianismo militar, agudizan esta situación. El problema es hasta qué punto es sostenible, lo cual es una pregunta no sólo económica sino política y geopolítica. La cuestión tiene que ver con que si el gobierno de Estados Unidos logra con estas políticas recuperar la productividad más allá de su núcleo de transnacionales y asegurarse la total supremacía en los monopolios globales hoy en

disputa (donde China hoy es la principal amenaza). En este sentido, está por verse la capacidad de la guerra comercial para lograr dichos objetivos.

En este análisis se puede ver la relación entre las políticas macro en ambos países, la respuesta micro, especialmente de las empresas en lo que hace a sus estrategias para aumentar su productividad y la geopolítica-economía global para así entender los debates sobre la capacidad de China de transformarse en el hegemón o cómo se reconfigure el sistema mundial a la salida de la presente transición, tal como se discutió en el capítulo 1. El final es como allí, incierto.